

Hohenzollern, enviando los otros á batir el campo en dirección de Abach. A pesar de su inferioridad numérica, los cuerpos austriacos situados en Eckmühl resistieron bravamente las furiosas embestidas de Lannes, de Lefebvre y de Davout, pero después de varias horas de combate, Rosseberg, envuelto por todos lados y sin esperanza de recibir auxilio, se retiró sobre Ratisbona, dejando sembrado de cadáveres el campo de batalla. El Archiduque acudió á proteger con su caballería este movimiento retrógrado, que fué seguido por el ejército entero; la caballería francesa avanzó contra la del enemigo y trabóse entre ambas encarnizada refriega, que duró hasta la noche del veintidós de Abril. Napoleón no juzgó prudente continuar persiguiendo al Archiduque, el cual se acogió á Ratisbona á favor de las sombras de la noche, y el día veintitrés por la mañana pasó el Danubio por dos puentes, á la vista del vencedor, que intentó en vano detenerle, logrando tan sólo recobrar á Ratisbona, tras fiera lucha en que el Emperador fué herido ligeramente en un pie, y hacer prisionera parte de la retaguardia austriaca que había quedado.

Tal fué la famosa campaña de los cinco días, que se redujo, puede decirse, á una gigantesca batalla, en que los franceses se apoderaron de cuarenta mil prisioneros, cien cañones, cuarenta banderas y tres mil carros. Nunca el genio de Napoleón se había mostrado más grande, más seguro, más fértil en recursos: Tengen, Abensberg, Landshut, Eckmühl y Ratisbona no son sino los momentos culminantes en la ejecución de un mismo pensamiento. El camino de Viena estaba abierto; los papeles se habían trocado; la ofensiva iba ahora á ser tomada por el triunfante Emperador. El efecto moral de este magnífico comienzo se atenuó algo con las malas noticias llegadas sucesivamente de Italia, del Tirol y de Polonia. En la Península Italiana, el virrey Eugenio, atacado de improviso por el archiduque Juan, perdió su vanguardia en Pordedone y fué á poco batido completamente en Sacile, teniendo que retroceder hasta el Adige. En las montañas tirolesas, la población, alentada desde Viena por su paisano el escritor Hormayr, se levantaba contra los invasores, siendo sus jefes el capuchino Haspinger, el labrador Specklacher y el posadero Andrés Hofer, muy popular, á causa de su presencia de Hércules, su valor y su patriotismo. En Polonia, por último, el archiduque Fernando ocupaba á Varsovia, obligando á Pontowski á cruzar el Vistula. Sin embargo, la acción principal había de dominar los acontecimientos episódicos. El archiduque Juan debía ser arrastrado en la derrota de su hermano; la insurrección tirolesa, por el lugar donde se desarrollaba, no interrumpía la línea directa de las comunicaciones de Francia, ni era capaz de movilizarse en forma de fuerza regular, y de consiguiente, no había más que estrecharla en las montañas hasta que su aislamiento, cada vez mayor, y el influjo de los grandes sucesos de la guerra facilitaran su vencimiento; y respecto á Polonia, el archiduque Fernando había ido, en su ardor, más allá de donde le convenía, y era muy secundario el papel que estaba llamado á desempeñar en el conjunto de las operaciones.

Más inteligente que Mack, el archiduque Carlos, vencido en Baviera, se salvó en Bohemia. Necesitóse, pues, una segunda campaña, como en mil ochocientos cinco, para concluir la guerra; pero la partida fué ahora más empeñada y el príncipe Carlos mantuvo algún tiempo incierto el desenlace, probando ser digno de medir sus armas con Napoleón. El ejército francés emprendió su movimiento de avance hacia Viena, siguiendo la orilla derecha del Danubio. Hiller quiso disputarle el paso del Traun; pero cuando hubo sostenido un horrible combate en Ebersberg contra su vanguardia, capitaneada por Massena, no se atrevió á insistir y se retiró después de volar el puente de Mauthasen. Napoleón, temiendo ser sorprendido por la espalda, fué escalonando su ejército al mismo tiempo que le hacía marchar: delante iba con él la guardia, mandada por Bessieres, y con los cuerpos de Massena y de Lannes; Davout se quedó en Linz, y Bernadotte, con los sajones, en Passau. El archiduque Carlos había creído posible adelantarse en Kreuz al enemigo, unirse con Hiller y juntos cubrir á Viena. Pronto, empero, hubo de renunciar á esta ilusión, y mandó á su lugarteniente que pasase á la orilla izquierda del Danubio, orden que Hiller, acosado por la vanguardia francesa, se apresuró á obedecer, destruyendo el puente de Kreuz.

El diez de Mayo, el ejército francés se presentó delante de Viena. La ciudad antigua estaba protegida por el recinto murado que resistiera las embestidas de los turcos; pero los extensos arrabales, donde vivía más de las dos terceras partes de la población, carecían de toda defensa. El archiduque Maximiliano, que ejercía el mando en la plaza, tenía bajo sus órdenes quince mil hombres de tropas regulares y, aparte, la milicia; comprendiendo que le era imposible resistirse en los arrabales, se encerró en la parte vieja de la ciudad y contestó duramente cuando le intimaron la rendición; mas viendo, después de sufrir un corto bombardeo, que habían saltado á la isla en que está situada el Prater algunas compañías de ingenieros, temió que le cortaran las comunicaciones y evacuó la ciudad, para no caer prisionero con su destacamento. Los franceses entraron por segunda vez vencedores en la capital de Austria.

Era antigua táctica de Napoleón el excitar á las poblaciones contra sus soberanos, y aunque antes la usara sin éxito en Viena, volvió ahora á emplearla. Declaró, pues, que tomaba bajo su protección especial á aquel buen pueblo, «desamparado, huérfano, viudo, á aquella capital que abandonaran los príncipes de Lorena, no como soldados de honor que ceden á las circunstancias y á los reveses de la guerra, sino como perjuros perseguidos por sus propios remordimientos. Al huir de Viena, continuaba, sus adioses han sido la muerte y el incendio. ¡Como Medea, han degollado á sus hijos con sus propias manos!» Puede calcularse de qué modo acogerían las personas sensatas estas acusaciones insostenibles, estas declamaciones de mal gusto; pero en las muchedumbres ignorantes causaban su efecto. Pocos han igualado á Napoleón en conocer cuán grande es la influencia

del charlatanismo en los destinos de la humanidad, y cómo á fuerza de repetir la misma afirmación se logra hacerla pasar como verdad inconcusa.

La toma de Viena produjo las consecuencias indirectas que Napoleón esperaba: las noticias que se recibieron de los demás ejércitos fueron excelentes. El príncipe Eugenio perseguía con fuerzas casi dobles al archiduque Juan, que necesitó correrse hacia Hungría para no ser cogido entre dos fuegos; Lefebvre, enviado al Tirol, batía á los insurrectos y entraba en Inspruch; Poniatowski recobraba á Varsovia, y el archiduque Fernando repasaba la frontera austriaca, para aproximarse á su hermano. Un golpe más, y no quedaría piedra sobre piedra en el carcomido edificio de la histórica monarquía. También creyó el endiosado vencedor, en la exaltación de sus esperanzas, que era aquel el momento oportuno de consumir otro acto que hacía tiempo meditaba, y que consistió en publicar su famoso decreto de diez y siete de Mayo de mil ochocientos nueve, declarando fenecido el poder temporal de los papas. Fundó esta resolución en los abusos y excesos que siempre resultaron de hallarse confundidos los dos poderes espiritual y temporal, argumento que, aducido por él, no era más que una excusa, pues hartó conocía la historia del Pontificado cuando le prestara su apoyo y pedía á Pío VII que fuese á París á consagrar su usurpación.

Pero en medio de éste y otros incidentes, no perdiendo de vista el asunto principal, disponiase á caer sobre el ejército del archiduque Carlos, del que sólo estaba separado por el Danubio. La multitud de islas que dividen la corriente de este río en las inmediaciones de Viena, facilitaban su paso; pero esta operación resultaba muy arriesgada, por tener que realizarse en presencia del enemigo. Dos de aquellas, especialmente, fijaron la atención del emperador: la de Schewarze-Leke, situada delante de Viena y en frente de Nusdorf, y la de Lobau, que se halla á legua y media, á la parte opuesta. Napoleón dictó sus medidas para apoderarse de ambas; pero, habiendo sido hechos prisioneros por el enemigo dos batallones que mandó á la de Schwarze Leke, contentóse en lo sucesivo con hacer simples demostraciones por este lado, y dirigió todos sus medios de acción hacia el otro. La isla de Lobau mide como una legua de anchura y tres de circunferencia, próximamente; su extensión, pues, era bastante para ponerse á cubierto del fuego de la artillería contraria. El archiduque Carlos no se había curado de ocuparla, y fácilmente se posesionaron de ella los franceses, tendiendo un puente sobre el brazo mayor del río, que era el que de su campo la separaba. En cuanto al segundo brazo, como quiera que no hubiese entre sus márgenes más distancia que unas cincuenta y cinco toesas, podía cruzarse rápidamente por medio de un puente volante, quedando reducida la dificultad á la que ofrece el paso de una corriente cualquiera. Disminuía aún el obstáculo la circunstancia de formar la isla de Lobau, en el sitio escogido para apoyar el segundo puente, un semicírculo entrante, que había de permitir á los cañones tener á distancia á los austriacos.

Napoleón, pues daba por seguro el poder pasar á la orilla izquierda antes que el Archiduque cuya posición precisa ignoraba, tuviese tiempo de estorbárselo. Acababa, en efecto, de decirsele que un cuerpo del ejército enemigo había intentado atravesar el Danubio por Linz, lo que parecía indicar que el Archiduque había verificado un movimiento retrógrado, ó al menos, dividido sus fuerzas. En vista de esto, dió orden de acelerar sus preparativos para el paso, no obstante venir el río muy crecido, y el veinte de Mayo, á medio día, se colocaba el puente volante y el cuerpo de ejército de Massena tomaba posiciones en la orilla opuesta, junto á un bosquecillo, detrás del cual se alzaban dos lindas aldeas, Aspern y Essling, en donde se atrincheraron las divisiones Boudet, Molitor y Legraud, con parte de la guardia. Unidos por un canal, atravesados en toda su longitud por una sola calle transversal abundando en ellos los edificios construidos de mampostería, los dos pueblecillos ofrecían un fuerte fortificado muy á propósito para estar á la defensiva. El Archiduque no se había alejado de aquellos lugares, pero permaneció invisible todo aquel día. Al siguiente, se decide á acometer á Napoleón antes que todo su ejército haya cruzado el río. Aunque sus vacilaciones pudieron costarle caras, le favoreció el haberse roto la noche anterior el primer puente, en cuya reparación se tardó varias horas, por lo que las tropas francesas no habían conseguido concentrarse aún. El Archiduque inició el ataque ya muy avanzado el día disponiendo de setenta mil hombres y trescientas bocas de fuego. Las fuerzas enemigas, que hasta entonces habían logrado pasar el río, no excedían de unos cuarenta mil soldados de todas armas; pero habían transformado en verdaderas ciudadelas las posiciones de Aspern y Essling, y componíanse de gente aguerrida, mandada por generales tales como Lannes y Massena. Recibe éste último el asalto casi simultáneo de Hiller y Bellegarde; se sigue una lucha tremenda; tres veces arrojados de Aspern los franceses, otras tantas recuperan sus posiciones merced á esfuerzos inauditos; Lannes es también atacado en Essling por Rossemberg, cuyos regimientos retroceden bajo el fuego terrible con que los diezma el enemigo. El archiduque Carlos manda al cuerpo de Hohenzollern que embista el centro contrario, debiendo sostenerle la caballería de Liechtenstein; los escuadrones de Bessiéres salen al encuentro de las columnas de Hohenzollern, las detienen, las atraviesan y van á dar sobre las baterías austriacas; pero en esto acude Liechtenstein, con sus caballos, y se traba furiosa refriega entre las dos fuerzas; el general de los coraceros muere, y los franceses son empujados poco á poco á la península que el Danubio forma más abajo de Essling. Mientras tanto, Hiller y Bellegarde han renovado sus ataques contra Massena, que después de varias alternativas y sangrientos combates, pierde la mitad de la aldea de Aspern, que queda en poder de los austriacos. Es ya casi segura la completa derrota de los franceses; pero la noche se aproxima, y el archiduque dispone que cese el fuego. Si es verdad, como parece, que sólo cediendo á las repetidas exhortaciones de sus generales se había determinado á empeñar